D. FRANCISCO PIMENTEL

BIBLIOTECA NACIONAL

923
S.

FRANCISCO SOSA.

VIDA Y ESCRITOS

DE

D. FRANCISCO PIMENTEL

ESTUDIO

PUESTO COMO NOTICIA PRELIMINAR AL FRENTE
DE SUS "OBRAS COMPLETAS."

MÉXICO

TIPOGRAFÍA ECONÓMICA

AVENIDA ORIENTE A 2 NUM. 324
ANTES CAZUELA 1

1903

31497

NOTICIA PRELIMINAR.

VIDA Y ESCRITOS

DE

DON FRANCISCO PIMENTEL.

> Honorés soient ceux qui, tenant une plume, peuvent se dire qu'on peut relire leur œuvre, toute leur œuvre, sans y trouver une parole de haine ou une image de corruption!
>
> Jules Claretie.

FELIZ inspiración han tenido los Sres. D. Jacinto y D. Fernando Pimentel y Fagoaga al reunir y publicar la colección completa de las obras de su ilustre padre, realizando así un pensamiento por él acariciado en sus últimos años, y que no pudo—á causa de sus enfermedades—llevar á efecto. En vez de hacerle construir un sepulcro suntuoso que serviría más bien para ostentar la esplendidez del tributo y las dotes del artista, los hermanos Pimentel erigen perdurable monumento al autor de sus días, valiéndose de las propias obras de éste, más duraderas, sin duda,

que los materiales que en aquel sepulcro pudieran haberse empleado. Y encuentro tanto más digno el homenaje, cuanto que jamás la vana ostentación de grandeza predominó en el espíritu del sabio filólogo, para quien el amor al estudio y la consagración absoluta á las letras constituyeron los mayores y acaso únicos ideales, como habrá de verse en el curso de esta noticia preliminar.

No tema el lector tener que fatigarse con fechas y detalles numerosos que en otras biografías son indispensables, y que, á las veces, encuentran áridos los que buscan más bien entretenimiento que no instrucción en este género de escritos. La vida de los hombres, como D. Francisco Pimentel, exclusivamente dedicados al estudio y á la producción científica y literaria, si es verdad que ofrece vastísimo campo á disquisiciones y controversias, según sea el punto de vista en que se coloquen el biógrafo ó el crítico, en cambio puede quedar condensada, si así se quiere, en meras efemérides bibliográficas; esto es, en la determinación de épocas, tan útil para la historia literaria del país del cual fué hijo el escritor, cuyas son las obras que se enumeran; sencillas efemérides que guían al que pretende seguir paso á paso el desenvolvimiento de un intelecto y atribuir á las circunstancias del tiempo y del medio las producciones de cada autor.

La vida íntima—personalísima podríamos decir—de un escritor eminente, ocupa en la historia literaria de otros pueblos, mas todavía no en la del nuestro, considerable espacio, y á ella conceden los críticos preferente atención, por cuanto que procúrase, ante todo y sobre todo, hacer derivar la obra intelectual de causas más complejas que la sola y pura disposición natural robustecida por especiales estudios, hasta llegar á producir los frutos que ávidamente recogen los

que en ellos buscan instrucción unas veces, grato solaz en otras; instrucción ó solaz que en cualquiera de los dos casos alimentan el espíritu y despiertan en él, no pocas ocasiones, la noble aspiración de ser útil á la patria y de elevar la propia personalidad sobre el común nivel. Por eso es educativa por excelencia la biografía de los grandes escritores; por eso en las naciones más cultas ha llegado á preponderar este género de trabajos, y en vez de hallarlo árido ó tedioso, dedícanse á él con la mayor acusiosidad los que persiguen mejor que la conquista de la propia gloria, el adelantamiento de las sociedades; por eso en las aparentemente nimias particularidades, encuentran rayos de luz, que iluminan y ayudan á desentrañar causas que, si quedaran ocultas, privarían al crítico más sagaz, de los mejores elementos de que puede valerse para exhibir en su verdadero lugar el nombre de los sabios que han desaparecido. No importa que para llevar á cabo la ardua investigación se tropiece con obstáculos á primera vista insuperables, pues una voluntad firme y una perseverancia inquebrantable todo lo vencen, y rastreando aquí y allí, se logra el fin propuesto. Pero,—preciso es repetirlo,—no se acostumbra todavía entre nosotros dar tal amplitud á las biografías, y por bien intencionada que fuera la iniciación de estudios extensos y documentados acerca de los más conspícuos autores mexicanos ya muertos, se expondría á no ser leído sino de muy pocos quien tal intentara; porque es muy reducido el número de los que creen aquí que sea necesario escribir todo un libro para dar noticia completa de un escritor. Hay, pues, que resignarse á favorecer nada más una evolución á este respecto, por medio de trabajos que no traspasen los límites de un discreto término medio; es decir, que contengan todo aquello

que por modo alguno es posible omitir; pero abreviando los detalles y no dando á la crítica toda la amplitud de que es susceptible.

La tarea que, dentro del criterio bosquejado en las líneas anteriores, me he impuesto, se reduce, si bien se mira, á ampliar y dar término á los apuntamientos que acerca del mismo D. Francisco Pimentel y de sus obras publiqué, viviendo él todavía, en mi libro: *Los Contemporáneos*, en 1884. No pude entonces, por no apartarme del plan de dicha obra, y por otros motivos que no creo necesario exponer ahora, decir todo lo que desde esa época he opinado respecto á la significación que en las letras patrias reviste el nombre del laureado lingüista. Hoy, mediando otras circunstancias, puedo hacerlo, con la certidumbre de que mi labor será, ya que no magistral y acabada, sí útil para los que detrás de mí vengan, puesto que por especiales motivos poseo datos de incontestable autenticidad para desempeñarla, y también por que al encargarme de dirigir la presente edición, he consagrado, una vez más, largas horas á la atenta lectura de todos y cada uno de los numerosos escritos del Sr. Pimentel.

No se me llame inmodesto por lo que acabo de afirmar. Util, y mucho, es una contribución, como diría un britano, de esta especie. Recuérdese lo que sobre el propio tema expresó hace más de veinte años el insigne García Icazbalceta (1880) en el prólogo, sustancioso como todo lo suyo, que puso á las *Noticias de México*, por Sedano. «Increíble se hará, dice, á quien no las haya pulsado, las dificultades con que se tropieza cuando se trata de recoger datos para la biografía de cualquiera de nuestros escritores. No es uso entre nosotros, y aun tiénese á vanidad ridícula, que alguien se atreva á dar noticias de su propia vida al frente de una obra suya, y hasta se moteja á quien las franquea para que otro las dé á la prensa, Es, por otra parte, error general, figurarse que no necesita quedar escrito lo que es conocido de todos, ni debe conservarse para la posteridad, como si no se perdiera tan fácilmente la memoria de las cosas que sólo quedan encomendadas á la tradición. No se hacen cargo los que tal piensan, de que un libro no puede ser bien juzgado y aprovechado, sin el conocimiento previo de la persona que habla en aquellas páginas; de la misma manera que en una conversación nos encontramos á disgusto y recibimos todo con desconfianza cuando ignoramos el nombre y los antecedentes de nuestro interlocutor. Por eso los editores de obras ajenas se empeñan en dar al lector noticias biográficas del autor que sacan á luz, á fin de que conocidas las circunstancias de su vida, su origen, sus estudios, sus hechos y sus opiniones, se puedan avalorar sus testimonios y deducir el crédito que merezcan. Pero las más veces, el pobre editor tiene que contentarse con bien poco, cuando el tiempo ha arrebatado ya los contemporáneos del autor, y la obra misma no les suministra siquiera algunas fechas, ó le dice los empleos y cargos que ejerció.»

Apoyado en la autoridad, de todos respetada, del ilustre académico, emprendemos, pues, la tarea de dar á conocer, con mayor extensión que lo que hasta ahora se ha hecho, la vida y escritos del autor de estas *Obras Completas*; tanto para no dejar inconclusa la labor por nosotros mismos comenzada cuando el Sr. Pimentel vivía, como porque los que lleguen á poseer estas obras encuentren reunidos en este lugar los datos que tal vez no lograrían adquirir sino después de laboriosas investigaciones.

A falta de otro mérito, las noticias aquí recopila-

das y los juicios aquí emitidos, tendrán el de la autenticidad los primeros y el de estar fundados los segundos en autoridades indiscutibles. Las apreciaciones propias nuestras, por desautorizadas que sean, llevarán el sello de la más severa imparcialidad, como hemos cuidado siempre que lo lleven nuestros estudios históricos, biográficos y críticos; porque ha sido un dogma inquebrantable para nosotros, que el escritor verídico, sincero, desapasionado, es el único digno del respeto y de la consideración de propios y extraños, sean cuales fueren las deficiencias y los involuntarios errores que lleguen á señalarse en sus obras. Siglos ha que Polibio dijo que debe renunciar á escribir el que no se sienta capaz de censurar á sus amigos y de elogiar á los que no lo son.

Hijo de honorable familia, hidalga por su cuna, y más hidalga aún por sus intachables rectitud y moralidad, nació Don Francisco Pimentel en la ciudad de Aguascalientes, capital del Estado del mismo nombre, el día 2 de Diciembre de 1832.[1]

1. He aquí el documento que lo comprueba:
"Al margen un timbre de cincuenta centavos debidamente cancelado.—José María Martínez Ochoa, Cura interino de esta Parroquia de la Asunción de Aguascalientes.—Certifico: que en el libro número ochenta y tres de bautismos, á fojas cincuenta y cinco frente, se halla una acta que á la letra dice: "En la Iglesia Parroquial de la Ciudad de Aguascalientes, en dos de Diciembre de mil ochocientos treinta y dos: el R. P. F. Mariano López Pimentel, con licencia de mí el infrascrito Cura, bautizó solemnemente y puso los santos oleo y crisma á Francisco Javier, nacido en ésta á las diez y media de la mañana del mismo día dos, hijo lejítimo de D. Tomás López Pimentel, Rincón Gallardo y de Dª Mariana Heras Riva de Herrera: sus Abuelos Paternos D. Jacinto López Bravo Pimentel y Dª Victoriana Rincón Gallardo, y Maternos, D. Manuel de Heras Zoto y Dª Anna Riva de Herrera: fueron sus padrinos, D. Francisco Flores Alatorre y Dª Josefa Rincón Gallardo á quienes advirtió su obligación y parentesco espiritual y para constancia lo firmamos."—*F. Mariano López y Pimentel.*—Una rúbrica.—Dice al márgen.—*Francisco Javier.*—H.—Es copia fielmente sacada de su original.—Aguascalientes, Junio 16 de 1903.—*José M. Martínez Ochoa.*—Rúbrica.

Al apuntar su origen y calificar de hidalga su cuna, estamos bien lejos de querer pagar un tributo á rancias ideas. Creemos que la mejor nobleza, la única universalmente respetada en nuestros días, es la de la inteligencia, la que por sí misma conquista el respeto y la estimación de todos; la que no finca en antiguo abolengo derechos que las modernas sociedades no reconocen ni acatan; pero al propio tiempo opinamos con publicista eminente y apóstol sincero de las doctrinas republicanas, que comprenden mal la democracia los que, invocándola, ponen en menos los antecedentes de la cuna. "Por muchos vuelcos que den las sociedades, dice ese autor, jamás alterarán con ellos las leyes fundamentales de la naturaleza. Así como de la forma de nido puede deducirse el tamaño, la capacidad del vuelo y las propensiones del ave que en él crece al calor de la pluma materna, así puede inferirse las inclinaciones que se desarrollarán en el hombre, según sea más ó menos abrigado contra los malos ejemplos del mundo, el hogar que protege su niñez. Los modelos caseros son decisivos en la conducta de toda la vida; y como lo bueno y lo bebello se tocan por todos sus puntos, se palpan diariamente las pruebas de que no son bastantes el talento y el estudio para dar á los que cultivan las letras las calidades que no se contrajeron en la niñez. El comedimiento en el debate, el respeto hacia el lector, la delicada elevación del pensamiento y la unción de la forma, las buscará en vano en los maestros el que no mamó de la madre las virtudes que, como simientes, corresponden á estas calidades estimables."

En el curso del presente estudio se verán plenamente demostradas la verdad y la justicia de las atinadas reflexiones que preceden, cuando digamos cómo en el seno de nuestras corporaciones científicas y

literarias sujetose Don Francisco Pimentel á la fiel observancia de los preceptos reglamentarios, desempeñando sin moratorias cuantas comisiones se le confiaron, y cómo se distinguió de continuo por la exquisita cortesía con que trataba á sus colegas, así en lo privado como en el calor mismo de las discusiones que se suscitaban y que enardecían los espíritus con no rara frecuencia. Si ya en los dos postreros lustros de su vida, mostró cierta acervidad en los escritos destinados á la defensa de sus obras, como en su lugar diremos, fué no solamente porque los ataques que se le dirigieron pecaban de rudos, sino también porque la enfermedad que minaba su organismo había ya modificado, ó por mejor decir, cambiado en gran manera su carácter. La naturaleza que fué para él pródiga al dotarle en muchos respectos, no le eximió del cumplimiento de una de sus leyes fatales: aquella en virtud de la cual es un signo del próximo acabamiento la irritabilidad ante cualquier contratiempo; la intolerancia; el prurito de encontrar en el menor reparo una patente intención de zaherir y menospreciar, que es necesario, que es justo corresponder con creces. Afortunadamente, pocas son las páginas que llenan los escritos del Sr. Pimentel en que se notan estas debilidades.

Contaba dos años de edad cuando sus padres trasladaron su residencia á la Capital de la República, en la cual, desde entonces (1834) y con cortos intervalos, permaneció hasta el día de su muerte. En la ciudad de México, pues, adquirió en los mejores colegios ó con maestros particulares la instrucción que llegó á poseer; pero, sobre todo, á sus propios esfuerzos, á su consagración al estudio, debió el tesoro de conocimientos que le colocaron entre los primeros sa-

bios mexicanos cuyo nombre figura aún en el extranjero.[1]

Muy joven todavía, viviendo su familia en Morelia, con motivo de la inicua invasión norte-americana, (1847) publicó Pimentel en dicha ciudad algunos ensayos poéticos que olvidó después completamente, pues no volvió á ocuparse en ese género de literatura.[2] Pagó así en sus mocedades, como la inmensa mayoría de los escritores, su tributo á la poesía; mas diole de mano en breve, no porque llegara á verla con menosprecio ó porque creyera que su cultivo debe abandonarse á los desheredados de saber y de fortuna, sino porque por especial temperamento y carácter se inclinaba ya á las disquisiciones críticas é históricas.

En 1855 y 56 colaboró en el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, conocido por de Andrade, al lado de escritores tan renombrados como Alamán, Basoco, García Icazbalceta, Ramírez (Don Fernando), Orozco y Berra, Velázquez de León y otros. Con tres estudios, más importantes que no extensos, intitulados respectivamente: *Michoacán, Texcoco y Toltecas*, contribuyó Pimentel á la formación del citado Dic-

1 Fué encomendada su instrucción primaria al distinguido profesor D. Miguel Rico, que fué también maestro del célebre publicista y notable político D. Francisco Zarco.

2 Durante su residencia en Morelia, (1846–1849) estudió principios de latín, así como filosofía, física y retórica, teniendo por maestro á un excelente poeta y abogado á quien en injusto olvido se tiene, á D. Cayetano Bernal. Vuelto que hubo á la capital de la República en 1850, dedicose á adquirir nuevos conocimientos, por sí mismo ó con maestros particulares, del idioma inglés, matemáticas, práctica de agrimensura, historia, literatura, agricultura práctica, botánica y geología. Don José María Salinas, profundo matemático y catedrático del Colegio Militar, fué su profesor más notable en esa época (1850-1855). Y hay que hacer notar que esos estudios no eran un obstáculo para que cooperase con su inteligencia y con su trabajo personal al acrecentamiento de la fortuna de sus padres.